

MEMORIA DE SEÑALAMIENTOS TERRITORIALES

DIÁLOGO CON VALENTÍN ASPRELLA LOZANO

SENSITIVE MEMORIES OF TERRITORIAL MARKINGS
INTERVIEW WITH VALENTÍN ASPRELLA LOZANO

MAITÉ SOLEDAD RODRÍGUEZ | maitesr1608@gmail.com

Instituto de Investigación en Producción y Enseñanza del Arte Argentino y Latinoamericano

(IPEAL), Facultad de Artes (FDA), Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina

Recibido: 03/05 /Aceptado: 31/05

Resumen

Este escrito recupera la entrevista realizada a Valentín Asprella Lozano, quien reflexiona sobre sus formas de abordar el hábitat y la soberanía de los recursos naturales estratégicos, entre ellos, territorio, agua y biodiversidad. Además, focaliza en la obra *Señalamientos*, producida en ocasión de la residencia artística a la que concurrió en el Parque Nacional El Palmar. Para adentrarnos en esta intervención, la selección de preguntas apunta a enfatizar en las acciones de *recolección* y *señalamiento*, como prácticas de conservación y salvaguarda que vienen a revalorizar los recursos autóctonos.

Palabras clave

Territorio; señalamiento; recursos naturales; Valentín Asprella Lozano

Abstract

This text recovers the interview conducted with Valentín Asprella Lozano, who reflects on his approaches to habitat and the sovereignty of strategic natural resources, including territory, water, and biodiversity. Additionally, it focuses on the work *Señalamientos* produced during the artistic residency he attended at El Palmar National Park. In order to delve into this intervention, the selection of questions aims to emphasize the actions of collection and marking as practices of conservation and safeguarding that seek to revalue indigenous resources.

Keywords

Territory; Marking; Natural Resources; Valentin Asprella Lozano



Valentín Asprella nació en 1986, en la ciudad de La Plata. Es licenciado en Artes Plásticas (Facultad de Artes, UNLP) y Especialista en Planeamiento Paisajista y Medio Ambiente (UNLP). Docente universitario y fundador de *Flux*, estudio de paisaje.

Desde pequeño reside en Gonnet, donde su paisaje cotidiano eran los jardines, quintas, zanjas y baldíos. En 2022, su proyecto «Maqueta Biótica» fue seleccionado para participar del Programa de Residencias Artísticas en Parques Nacionales, en su caso, en el Parque El Palmar Entre Ríos). Nos reunimos con Valentín el 02 de mayo de 2023 por la plataforma Zoom, a fin de ahondar en dicha experiencia, de manera que podamos penetrar las espesas capas del profuso pastizal artístico del artista.

«La planta encarna el lazo más íntimo
y elemental que la vida puede establecer con el mundo.

Lo inverso también es verdadero:
ella es el observatorio más puro
para contemplar el mundo en su totalidad.»

Emanuele Coccia (2017)

Maité Rodríguez (M. R.): Un punto fuerte de tu trabajo tiene que ver con el enlace entre el arte y la naturaleza. Esto se vuelve presente en tus producciones artísticas. ¿Cómo fue el recorrido que te llevó a trazar ese vínculo?

VAL: Supongo que el arte surge de una necesidad de conectarse con eso que no podemos abarcar del todo pero que está ahí con nosotros. Y la naturaleza, entendida como el espacio común que habitamos, me resulta una maravilla incomprensible, como la vida misma.

Por momentos tengo la sensación de ser extraterrestre, y quizás el arte me permite explorar ese estado de ajenización tan sensible. Quizás investigamos la naturaleza para saber de dónde venimos, aunque esa pregunta no tenga intenciones reales de ser contestada, sino que sea una excusa para ponerse a jugar, entretenerse... hacer arte.

Habiéndome criado en un barrio suburbano, donde la infraestructura para el juego eran principalmente los terrenos baldíos, los cañaverales, y las copas de los árboles que rodeaban mi casa, creo que, como la mayoría de las cosas importantes, algo de esto en términos de lenguaje se forjó en la infancia.

En cuanto a lo disciplinar, fui oscilando entre el hacer artístico y la jardinería o la relación con las plantas. A los catorce años empecé a estudiar dibujo y pintura en el taller de Fernanda Piamonti en la ciudad de La Plata, después vino la facultad. Mientras cursaba plástica, en paralelo, fui estudiando sobre plantas medicinales y comestibles. En aquellos tiempos conocí a Matilde Zucaro y Marcelo Miranda, una pareja de biólogos que vivían en Punta Lara y daban talleres en su vivero experimental. Con ellos aprendí de plantas, ambiente, y de muchas otras cosas.

A los 24 años me enteré que iba a tener una hija, Nina, y en aquel tiempo vivía de changas y dando clases de dibujo y pintura en el barrio, y me orientaba a hacer una carrera de pintor bonaerense, mandando obra a salones y dando clases. Sentí que tenía que trabajar de otra cosa, y generar recursos para la vida familiar que se venía. Fue entonces que empecé a trabajar de jardinero.

En el año 2010 me recibí de la carrera de Artes Plásticas y realicé una muestra, en paralelo empezaba a hacer parques para amigos. En poco tiempo una actividad que me demandaba solo unos días a la semana dejándome tiempo libre para pintar, fue cubriendo mi agenda y mis intereses, lo que me llevó a aprender mucho en poco tiempo.

Más adelante empecé a intervenir jardines. El manejo del lenguaje visual incorporado de mi formación artística, y el conocer las dinámicas de un jardín por mis años de trabajo en jardinería, me llevaron a meterme de lleno en el diseño del paisaje. A los pocos años mi actividad principal era el diseño y construcción de parques, que hoy integrado a otras escalas y a la investigación, sigue siendo mi actividad laboral principal, y en la que me especialicé por el recorrido intensivo de estos últimos doce años.

Mi último cuadro lo pinté en 2012. En 2019, retomé tibiamente el interés por proyectos artísticos, pero no volví a pintar, sino que empecé a inclinarme por la espacialidad, por lo interactivo. Desde entonces en general hago instalaciones. Recuerdo que, en ese año, 2019, Juan Pablo Rosset, un amigo artista, me invitó a participar de «Los Campitos», un encuentro de artistas para hacer propuestas de sitio específico en un terreno en las afueras de la ciudad. Mi propuesta se trataba de una instalación alejada de la zona construida, presentaba un montículo de pasto cortado desde el cual surgían sonidos orgánicos confusos [Figura 01].



Figura 01. *Montículo* (2019), Valentín Asprella Lozano. Instalación sonora/visual de sitio específico. Pasto seco, banco, dispositivo de reproducción de audio. Encuentro colectivo Tallar Mil Palabras en las Nubes. Los Campitos, La Plata.

Las dos disciplinas que experimentaba por separado comenzaban a cruzarse. Hoy creo que entre una instalación y un jardín hay mucho más en común, que entre un jardín y una pintura. Actualmente tengo una dedicación más pareja, e identifico que ambas actividades pueden ser un trabajo remunerado y a la vez una actividad totalmente experimental y exploratoria. Inevitablemente se van cruzando, porque son parte de lo mismo, quizás en mi trabajo es más evidente porque utilizo formas preexistentes y también seres vivos, pero creo que en definitiva el arte en general puede entenderse como una manera de estar en la naturaleza, estar con lo propio en lo común. Y así como me resulta un poco sonso diferenciar naturaleza y cultura, me pasa igual con la idea de separar paisaje y arte, aunque por mucho tiempo me haya costado internalizarlo.

Como es entendible que la naturaleza remita a las plantas, al color verde, a lo que vive más allá de nosotros, es importante que podamos integrar también a la tecnología como naturaleza. En ese sentido, la inteligencia artificial que viene en auge seguramente pase a ser un fenómeno natural más, como lo fue el auge de la inteligencia humana que generó tantas transformaciones. Aunque parezca de otra naturaleza, es una nueva forma por donde circula el mismo fluido vital que nos constituye.

M. R.: Para participar del Programa de Residencias Artísticas en Parques Nacionales debían presentar un proyecto de investigación artística que tenga como insumo principal la experiencia en el territorio ¿Nos podés contar de qué iba tu propuesta?

VAL: Mi propuesta fue trabajar a partir de la idea poética «Maqueta Biótica» [Figura 02 y 03]. Una familia de proyectos que parte de la hipótesis de que el mundo se nos presenta como una maqueta con vida propia, la cual nos refleja nuestra ancestralidad. Algo del mundo parece haber sido modelado por un nosotros de otro tiempo, para el actual nosotros. Esto me motiva a realizar propuestas artísticas inspiradas en el espectáculo de los ciclos naturales como un recurso de conocimiento holístico al servicio de la evolución de nuestra especie.



Figura 02. *Radar* (2022), Valentin Asprella Lozano. Instalación.



Figura 03. *Detalle de Radar* (2022), Valentín Asprella Lozano.

Trabajo con los fondos que me atraen, a partir de las formas que los contienen. Artículo lo que me rodea, armo cosas, reconfiguro el devenir del pedacito de maqueta en donde me encuentro. Instalaciones inspiradas en circuitos visibles e invisibles que percibo, montajes con formas preexistentes en el campo.

En la residencia me convocaron los innumerables valles de inundación que se aparecen en los recorridos del parque, esos que se definen por factores ambientales ajenos de la actividad antrópica. Allí se destacan particularidades que pueden ser reconocidas por indicadores biológicos, como, por ejemplo: la carencia de árboles y arbusto, la topografía deprimida, y la cobertura de algunos tipos pastos y hierbas tolerantes al anegamiento. Todas señales de presencia de humedad permanente o de inundaciones temporarias, espacios que se cargan de aguas derivadas de escorrentías y quizás de vertientes subterráneas, que a simple vista, y más aún desde una perspectiva satelital, puede observarse cómo captan las aguas del entorno y las conducen por canales hasta desembocar en ríos.

En estos valles se dan condiciones de vida adecuadas para determinadas especies, entre ellas los «bichitos de luz», que entre los atardeceres y las noches se concentran en su danza nupcial generando a lo lejos un señalamiento vibratorio, puntual, y móvil, circunscripto a los límites naturales de estas superficies. Este *señalamiento biótico*, me generó una fuerte reminiscencias de mi infancia jugando en baldíos, probablemente eso me llevó a marcar estos puntos sobre el terreno. Quizás intentando mapear la danza de estos insectos que nos llaman desde la oscuridad, jugando a traducir algo de lo desconocido. Concretamente me dediqué los últimos días de la estadía a estar en ese espacio, y surgió «Señalamiento», donde sobre una superficie aproximada de 1800 m², instalé 58 estacas realizadas con ramas, piedras, y pintura.

M. R.: Durante la residencia conviviste siete días con artistas procedentes de distintas disciplinas. ¿Qué cruces transdisciplinarios fueron propiciados por la experiencia en este hábitat natural?

VAL: El hecho de que el programa proponga la convivencia entre un grupo de artistas diversos, nutrió aún más la experiencia. Fue potente conocer a colegas en plena aventura sensible, descubriendo otros abordajes artísticos, e inevitablemente colaborándonos en la acción cotidiana.

Si bien puedo encontrar algunos puntos en común en la diversidad de miradas, no todos nos interesamos en lo mismo, pero sí compartimos un respeto y sensibilidad para con el espacio y con la gente que trabaja allí, además de una gran predisposición a dejarnos atravesar por la aventura en la que estábamos inmersos.

La convivencia con los biólogos, técnicos, y administradores del parque también fue inspirador. Conocer algo de su actividad diaria, saber de sus historias personales, y sus intereses. Ese cruce fue muy rico. Me quedo con la sensación de que los artistas y los científicos compartimos muchos puntos en común en la práctica que realizamos. El laboratorio, el taller, el parecer que uno puede estar a veces muy aislado de determinados espacios comunes, pero a la vez estar tan conectados con el presente, y estar investigando ciertos bordes de la realidad. Me gustó registrar cómo los biólogos que están en el parque estudiando las dinámicas de la interacción entre especies y las prácticas de conservación que aplican, están en una trinchera donde sienten mucha incertidumbre, y donde todo va cambiando diariamente, haciendo muchas veces desde un lugar incómodo y experimental, jaqueándose a sí mismos permanentemente, teniendo que poner en duda algunas técnicas y verdades que hasta el momento los sostenían.

El intercambio me dejó en claro que la vida permanece transformándose, y que conservarla implica reformular continuamente las visiones y teorías que impulsan nuestras prácticas.

M. R.: En la descripción de Flux, tu estudio de paisaje, caracterizas la labor como «detector de paisajes latentes». Esto me remite al concepto de «latencia», en el sentido que propone Ticio Escobar, entendido como una «virtualidad aurática que requiere ser activada». ¿Qué te interesa traducir de los entornos naturales en los que trabajas? ¿Cómo se configuran estas latencias que emergen en la obra Señalamiento (2022), realizada en el Parque Nacional El Palmar, Entre Ríos?

VAL: Como vengo comentando, creo que juego a eso, a poder evidenciar energía que circula a través de las formas. Cuando trabajo en diseño de paisajes me pasa, recorriendo un nuevo espacio al que me convocan, que veo lo que va a suceder. Por supuesto que lo que veo no necesariamente tiene una forma única, veo el espacio en potencia y esencia, y lo que tengo que hacer para que esa energía se concentre ahí. Después esos espacios se vuelven autónomos y derivan en organismos complejos, los cuales me encanta visitar años después de su planificación. Esto no es un don, es un talento trabajado, es el oficio de aprender a escuchar lo que propone el espacio.

Hay algo de identificar lo energético que me atrae, y también la posibilidad de jugar con la energía para generar ciertos movimientos evolutivos, que es un poco lo mismo que hago conmigo. En el trascender mis propias limitaciones es donde siento mayor vitalidad, en indagar lo oculto de la vida. Esto me llevó a una gran fascinación por temas esotéricos y místicos, y por terapias y códigos energéticos (el reiki, la astrología, la magia).

Desde la práctica y estudio de estas ciencias, me encuentro con un sinfín de objetos de poder, que nos abren a realidades que van más allá de lo concreto y objetivo de la realidad.

Como también con el montaje de escenarios y rituales donde vemos que existe una realidad energética poderosa e invisible a los ojos. En este proceso exploratorio me encontré realizando objetos de poder de un universo propio, elementos como medios para satisfacer deseos y necesidades. Maquinarias y herramientas para la canalización, detección, concentración, y difusión de energía creativa [Figura 04, 05 y 06].



Figura 04. *Artefacto* (2023), Valentín Asprella Lozano. Instalación interactiva



Figura 05. Artefacto N°2 (2023), Valentín Asprella Lozano. Instalación.



Figura 06. *Detalle de Artefacto N°2* (2023),
Valentín Asprella Lozano. Instalación.

En el caso de *Señalamiento*, más allá de lo que comenté respecto de lo topográfico y ambiental, y de los insectos luminosos que llamaron mi atención, me propuse, como al diseñar un jardín, circular por el espacio que me convocó. Estar, hasta el punto de perder registro del horario, del lugar, del celular, del corazón, de las responsabilidades, de los infinitos pares de ojos que parecen mirarte cuando entras a un espacio ajeno, y, sobre todo, olvidarme de los peligros de estar vivo. Atravesar todo esto y que el espacio me guíe, me indique la intervención.

M. R.: Teniendo en consideración tu experiencia de estos años de trabajo, me interesa retomar los interrogantes planteados por la residencia artística de la que fuiste parte: ¿Se puede hacer investigación artística en un parque nacional? ¿Cómo se cruzan los patrimonios naturales con los culturales?

VAL: Sin duda, en un parque nacional, en una reserva, cualquier disciplina puede investigar, porque ya el hecho de poder permanecer en un espacio de estas características implica una experiencia excepcional. Que sea relevante darle lugar a la investigación artística desde las instituciones del estado, en estos espacios donde históricamente se destinó solo a las ciencias biológicas, es un hecho prometedor con visión de futuro. Considero que la actividad humana presupone la oportunidad de dinamizar la emergencia de nuevas formas de vida, y en este mundo convertido en laboratorio, es la ciencia quien habla por la naturaleza en el discurso dominante, pero es quizás desde la aventura exploratoria de las prácticas artísticas, donde se rearticulan los genes de los mitos que modelan el devenir.

Como mis investigaciones y prácticas se centran en el diseño del paisaje y en las artes plásticas, esta experiencia representó una oportunidad única para poder explorar este cruce disciplinar que vengo abordando. Pensando en cualquier disciplina, en este mundo donde parece ser clave el asociativismo, tenemos sobrados modelos de complicidad en la vida silvestre que son evidentes al recorrer reservas.

En los parques se estudia el futuro de la vida, conservando espacios que si bien son dinámicos remiten a un origen. Parecería que la contemplación directa de los orígenes podría dar pista para la reparación del futuro. Pensando en esto, ya en reflexiones post residencia, me pregunté sobre qué podemos aportar los artistas a las problemáticas de estos espacios, si podrá la técnica de la reflexión artística cruzarse con los métodos científicos, y proponer investigaciones intuitivas sobre el futuro de la vida.

Pienso en un arte como tecnología para sintetizar poéticamente los fenómenos naturales que se nos presentan, aquellos que pueden señalarnos otras formas de vincularnos, de habitar, y de percibir: lo nuevo, lo desconocido, lo diferente. Intentar amar el milagro de los ciclos

de la vida, los mismos que a veces nos agobian. Pienso en una tecnología como ecología, en prácticas basadas en la naturaleza.

Según cuentan los guías del parque, una palmera que vivió entre 200 y 300 años suele demorar en degradarse entre 6 y 8 meses. Después de haber luchado intensamente por sobrevivir cae al suelo e inmediatamente se pone a pronta disposición del organismo común, se entrega humildemente para recircular su energía en nuevas formas.

Lo que se nos presenta tiene algo que decirnos de nuestra futura ancestralidad, por eso observar este tipo de dinámicas en un lugar donde se pretende «conservar la vida» es un punto interesante para que los mismo técnicos, políticos e investigadores que están inmersos en estos ámbitos puedan también tomar distancia de su hacer para cuestionarse. Ahí la convivencia con el arte, que puede ser incómoda, entiendo que colabora para desarticular y cuestionar verdades que no se ponen en duda, y destacar nuevas preguntas que surgen en las dinámicas orgánicas del entorno.

Los parques nacionales, tienen el potencial de albergar la mayor variedad genética del planeta, y también pueden ser fuentes para la generación de nuevos mitos para las sociedades tecnócratas actuales, las que se sostienen en base a las promesas de milagros tecnológicos capaces de regenerar los recursos que fueron sobreexplotados sin cuidados en el último tiempo. Quizás termine siendo necesaria la posibilidad de auto expulsarnos del territorio por el miedo al agotamiento de los recursos, o la contaminación masiva del agua y del aire, teniendo que proyectar un turismo de alta tecnología que permita verlo todo y no dejar huella alguna, sosteniendo espacios restringidos y monitoreados como son hoy en día las reservas naturales. Quizás también será definitivamente necesario concretar la migración al espacio extraterrestre, o la construcción de ciudades aisladas de la atmósfera con ambientes controlados artificialmente. Mientras tanto, el arte comienza a narrar las derivas futuras del Antropoceno.

M. R.: Hiciste alusión a la conservación de la vida ¿Qué rol juega la conservación y la restauración de elementos naturales en tu obra artística?

VAL: Hay algo de la conservación que me hace ruido, y como con todo lo que me *pincha*, estoy ahí experimentándolo y viendo que siento en plena confusión. Algo que escribí hace un tiempo intentando describir mi trabajo y que recuerdo casi como un mandamiento, sintetiza un poco esto: «Mientras tanto me cuestiono la incoherencia de retener la belleza de las formas. Gozando de la seguridad que me ofrece, el aparente poder que ejerzo sobre ellas».

En cuanto a la restauración que es un término muy utilizado en paisaje, me resulta incómodo, prefiero pensar en la idea de regenerar o recrear en mi hacer. Restaurar es volver a un orden anterior, y creo que hay algo retrógrado en eso, además de que en la historia política de nuestro país la palabra restauración tiene una carga ideológica de la que prefiero distanciarme.

Por otra parte, en los procedimientos y técnicas con las que trabajo actualmente, suelo realizar tareas bien propias de la restauración y conservación, como si trabajase en un museo. Recolecto, cosecho, y mi manufactura artística tiene que ver con la articulación de estos elementos entre sí y con otros que adquiero principalmente en ferreterías, mis shoppings favoritos. También aparecen algunas piezas que diseño y fabrico o mando a fabricar, como por ejemplo estructuras metálicas, recipientes de vidrio [Figura 07].



Figura 07. *Sin título* (2023), Valentín Asprella Lozano. Fragmento articulable de «Constelación Artefactual».

Lo que hago es pulir, cepillar, fraccionar, atar, agujerear, pegar. En general respetando la forma, el color y materialidad de lo hallado, que puede estar segmentado, pero sin deformaciones. Incluso podría decir que las formas me van sugiriendo las relaciones, por momentos siento que hay una arquitectura común entre todas las piezas, la que voy descubriendo dejándome llevar por lo que sugieren las partes. También aplico mucho conocimiento adquirido de mis tiempos de viverista y cultivador de plantas medicinales, ya que muchas veces cosecho material vivo en jardines que luego seco para poder utilizarlo en instalaciones sin que corran riesgo de descomponerse [Figura 08].



Figura 08. *Sin título* (2023), Valentín Asprella Lozano. Fragmento articulable de «Constelación Artefactual».

Pensando en la experiencia en la residencia, por lo que pude escuchar a los investigadores que trabajan en el Parque Nacional el Palmar, actualmente parecería que las prácticas de manejo de las reservas naturales se encuentran en plena crisis de identidad. Parecen estar deconstruyendo la imagen original de una naturaleza conservada como un Edén detrás de una vitrina, o mejor dicho de un alambrado. Dejando atrás la idea de que la imagen detiene a la descomposición, habiendo intentado cumplir el propósito científico de conservación, preservación y producción de permanencia, pero a diferencia de los museos trabajando en la trinchera de la vida. Hoy la finalidad de estas prácticas de «conservación» parece pretenden integrar la existencia y las formas de vida de la gente entre las muchas otras especies, sobreponiéndose a los supuestos históricos relatados por la historiografía ecológica donde el hombre es la amenaza del equilibrio. Creo que está asomando, con cierta incertidumbre, una política no de salvar la naturaleza, sino de repensar la noción de naturaleza con la gente implicada, una naturaleza social. Poniéndose en debate la importancia de la «conservación» de los ambientes más allá de los límites de los parques nacionales y reservas, promoviendo una organización diferente del territorio en un sentido más amplio, de los recursos y de las personas, en donde estas prácticas reestructuren el concepto de naturaleza.

Referencias

- Escobar, T. (2021). *Aura latente: Estética. Ética. Política. Técnica*. Tinta Limón.
- Coccia, E. (2017). *La vida de las plantas: Una metafísica de la mixtura*. Dávila Editores.
- Valentín A. L. (2022). *Señalamiento* [Instalación]. <https://asprellavalentin.wixsite.com/artes/se%C3%B1alamiento>